

Antes de la Perestroika

Todo el mundo cree que fue en el año ochenta y nueve, después de que Gorbachov intentara, con su Perestroika, reflotar un sistema que se había ido vaciando lentamente de fuerzas y perspectivas. Lo que sucedió entonces es de sobra sabido: la apertura trajo consigo el derrumbe del bloque comunista y, en cadena, fueron barridos uno tras otro los gobiernos de nuestras naciones aliadas, incapaces de resistir los destellos de neón y el olor a hamburguesa que llegaban de Occidente. Porque fue eso: no nos vencieron con los tanques, ni con los misiles, sino con las bragas de seda, los filetes poco hechos y los coches que tardaban sólo tres días en llegar del productor al cliente.

El certificado oficial de defunción fue la caída del Muro de Berlín y el entierro de nuestro proyecto se consumó con el humillante desfile de antorchas con que nos despedieron de esa ciudad unos meses más tarde. Un desfile de antorchas para despedir al ejército ruso de Berlín.... ¡Hay que ser cabrones!

En fin... Esto fue lo público y notorio. Lo conocido por todos.

Lo que casi nadie sabe es que muchos años antes yo mismo vi caer el Muro, y supe casi a ciencia cierta lo que pasaría más tarde. Lo de las antorchas era imprevisible, pero lo demás lo vi venir punto por punto, se lo aseguro.

Fue en el año setenta y cuatro, cuando en Occidente intentaban aún salir de la escasez de petróleo y de la crisis de su sistema productivo originada por el aumento de precio del crudo. Después de su enésima guerra con Israel, y viendo que Occidente les había dado una vez más la espalda en el momento decisivo, los árabes decidieron cerrar el grifo y pusieron al capitalismo contra las cuerdas, al menos durante unos cuantos meses.

En el bloque socialista las necesidades eran mucho menores y capeamos bastante mejor que ellos aquel temporal, echando mano de nuestras propias reservas y de unas cuantas alianzas ventajosas: al fin y al cabo no éramos nosotros los que armábamos a los israelíes ni los que vetábamos cualquier resolución que la ONU propusiera contra ellos. Los árabes, pro tanto, nos trataron un poco mejor y para nosotros no fue tan grave.

En aquel momento, con el capitalismo sediento de su sangre negra, teníamos una oportunidad de volver a ponernos por delante, y los esfuerzos para conseguirlo, tanto materiales como ideológicos, se redoblaron en todos los frentes.

Yo estaba destinado en Berlín y no hacía mucho que habíamos logrado uno de nuestros mejores éxitos: obligar a dimitir al mismísimo canciller federal alemán, Willy Brandt, después de que se descubriese que su secretario personal era un espía de nuestro bando. Para nosotros fue un golpe duro perderlo, pero no tan duro como para ellos lo fue encontrarlo.

En aquellas fechas se vivía en la República Democrática Alemana cierto ambiente de euforia por haber conseguido semejante éxito en el constante enfrentamiento con los arrogantes vecinos capitalistas, empeñados constantemente en comparar nuestra austeridad con su supuesto milagro económico. Era una victoria de la inteligencia sobre el dinero y eso, en cualquier época y lugar, siempre produce una satisfacción especial.

El ambiente había mejorado tanto que en aquellos meses fueron muchos menos los que intentaron cruzar el Muro para huir al otro lado, y hasta acudían más ciudadanos a las concentraciones y actos oficiales. Las banderas rojas de la Alexanderplatz parecían más rojas que nunca, y hasta parecía que por fin se iban a cumplir fácilmente las cuotas de producción del último plan quinquenal.

Entonces llegó julio y comenzó el mundial de fútbol. Tanto Rusia como Alemania Federal se habían clasificado para la fase final, y las dos selecciones resolvieron su primera ronda de enfrentamientos cumpliendo los tópicos, que ya por

entonces eran los mismos de hoy: Rusia jugando bien y ganando a duras penas, y Alemania Federal jugando bronco y feo, pero ganando todos los partidos.

En cuartos de final se enfrentarían Alemania Federal y Rusia, y el Partido puso todo el énfasis en que aquel era un enfrentamiento entre los dos bloques, entre dos maneras de pensar, de construir el mundo, y de interpretar la existencia. Ellos jugaban por dinero y los nuestros por ideales. Ellos utilizaban el mundial como un escaparate para hacer subir sus fichas y los nuestros para traer a casa un trofeo que se uniese a los otros muchos logros del proletariado.

Hubo discursos, consignas, y hasta algún intercambio de puyas entre la prensa de las dos mitades de Berlín hasta poco antes de que comenzase el encuentro.

Aquel día me hubiese gustado poder sentarme ante el televisor, con una buena botella de vodka, para animar a los míos, pero alguien tenía que hacer el servicio callejero de control y vigilancia y me tocó a mí junto a Yuri Lesniakov, el mismo Lesniakov que hoy es diputado en Moscú.

Salimos a regañadientes del cuartel y cuando nos habíamos alejado lo suficiente saqué del bolsillo lo que entonces era un pequeño tesoro: una radio portátil que le habíamos incautado a un profesor sueco demasiado interesado en nuestras instalaciones ferroviarias, aunque no tanto como para crear un conflicto diplomático con su arresto.

El partido empezó bien para los nuestros. En los primeros veinte minutos chutamos cinco a veces a puerta y sólo la pericia de Maier, el portero de Alemania Federal, evitó que nos pusiéramos por delante en el marcador. Poco antes de que terminase el primer tiempo ellos avisaron con uno de sus chuts desde treinta metros, que se estrelló contra el larguero, y menos de un minutos después el equipo ruso estuvo de nuevo a punto de marcar con un cabezazo de Leskov que se marchó fuera por muy poco.

El segundo tiempo fue más igualado, tanto en juego como en ocasiones. Los minutos pasaban y todos temíamos que hubiese que llegar a la prórroga. Los nuestros

defendían duro y los alemanes federales se lanzaban al ataque cada vez con más atrevimiento.

Entonces, en el minuto setenta y nueve, a once para el final, Beckenbauer dio un pase de arquitecto a Müller, que ejecutó sin piedad a nuestro portero.

Y todo Berlín Oriental exclamó GOOOOOOOOOOOOOL a voz en grito. La gente se había reunido en los pisos que tenían televisor, y como el calor apretaba había muchas ventanas abiertas, las suficientes para que el jolgorio se escuchara claramente desde la calle.

La celebración duró poco, pero fue suficiente para nosotros.

—Son unos cabrones —dijo Yuri únicamente.

—La madre que los parió... —recuerdo que contesté.

Aquel día nos convencimos de que el Muro era inútil. Después, quince años después, vino todo lo demás.